

Agenda

El Premio Tirso de Molina

Como anualmente desde 1961 (con una interrupción entre 1965 y 1970), la Agencia Española de Cooperación otorgó los premios de teatro Tirso de Molina correspondientes a 1996. El jurado estuvo compuesto por María López Gómez, Enrique Llovet, José Martín, Juan Carlos Pérez de la Fuente y Gustavo Tambascio. El monto de la recompensa fue fijado en dos millones y medio de pesetas.

El premio resultó concedido *ex aequo* a Francisco Portes por *La*

trompeta de cristal veteadado y a Jerónimo López Mozo por *Ahlán*. Portes es sevillano y se ha desempeñado como actor y profesor de arte dramático. Entre sus publicaciones figuran libros de poesía y adaptaciones de obras teatrales clásicas. López Mozo, gerundense, ha escrito crítica teatral y cinematográfica, dictando conferencias y cursillos de dichas especialidades. Sus textos de teatro rondan el medio centenar, a los que cabe añadir su obra de ensayista y narrador.

El fondo de la maleta

Norbert Elias (1897-1990)

Quien sería uno de los historiadores y sociólogos importantes del siglo, sólo oyó hablar tardíamente de sociología a su maestro Karl Jaspers, paseando fuera de clase por un parque. Elias estudiaba filosofía y medicina, y la suerte y la curiosidad lo llevaron a ser obrero metalúrgico en Alemania y dependiente de tienda en el exilio de París.

Se descubrió historiador intrigado por el fenómeno de la risa. Su formación médica le permitía explicarse cómo los músculos faciales intervienen en el acto de reír, de modo involuntario, pero los números no cuadran cuando se ad-

vierte cómo se enseña a reír a los niños sin que sientan nada risible, por medio de un aprendizaje variable entre culturas.

Esta simple base (el hombre es un animal que excede la causalidad, es el hombre abierto de la sociología frente al hombre cerrado de la biología positivista) le vale para su escueta formulación teórica: la historia es el estudio de los cambios que se producen en los códigos por los cuales cada sociedad permite y prohíbe declarar los afectos, que son inefables.

Frente a las dominantes filosofías del progreso, Elias propone la idea

de un cambio inespecífico. No hay progreso porque no hay sentido en la vida ni, por ello, objetivos preestablecidos y fijos. Hay alteración y crecimiento, pero no mejoría ni empeoramiento. Entre sus diversos lugares de enseñanza (Inglaterra, Holanda) figura Ghana. Allí, examinando aldeas y campus africanos, advirtió que una cultura más sencilla no es inferior a otra más complicada.

Así surgieron *El proceso de la civilización* y *La sociedad cortesana*, escritos en su exilio de Londres, al cual lo condujo la persecución nazi contra los judíos (su madre murió en Auschwitz, en fecha y circunstancias inciertas, en torno a 1941). El segundo de los mencionados libros echa luz sobre una de las «revoluciones sordas» de la modernidad: el desplazamiento de la nobleza territorial por la burocrática en la Francia barroca. Otro libro capital, *Estudios sobre los alemanes*, es un ajuste de cuentas con las tradiciones

de la cultura alemana frente a la civilización europea occidental. Alemania: su país natal y su verdugo.

Treinta años de paciencia y postergación (había estrellas que ocupaban las candilejas: Snow y Popper) costaron a Elias llegar al éxito. Su larga vida se concentró en una vejez halagada por los premios, las traducciones, los honores universitarios. El lector en español dispone de casi todos sus libros: el ensayo sobre Mozart, *¿Qué es la sociología?*, *La sociedad de los individuos*, etc.

Queda diseñada, en su centenario, una imagen utópica de la sociedad humana formulada por Elias: tras la muerte de Dios y la extinción de las religiones, un mundo sin padres ni madres apoyados en figuras celestiales. Un mundo de hombres libres, recién nacidos. Hombres sin historia, como los utopianos. Entonces ¿para qué investigar el pasado? La obra de Elias, como la de todo escritor inteligente, responde con la paradoja a la utopía.

El doble fondo

Cervantes y los muchos libros

En abril libros mil, podríamos decir cambiando algo el refrán; o mejor: los mil y un libros. Ese uno final equivale a los días que se le suman a ciertas condenas: no son días, son la posibilidad infinita. Pero la condena de los libros es una liberación: la entrada es salida. El espacio cerrado del libro y

su proliferación, la biblioteca, es el acceso a un vasto mundo, a la vastedad del mundo. Desde los inicios de nuestra cultura, desde la griega y la judaica-cristiana un poco después, los libros no fueron vistos del todo satisfactoriamente. Platón, a pesar de que los escribió (a diferencia de Sócrates que se contenta-

ba con hablarlos), tuvo alguna observación negativa, y el *Eclesiastés* se puede leer aquello de que los muchos libros vuelven al hombre necio. Muchos libros secaron la sesera de Quijano y se puso a no diferenciar la vida de todos los días de las imaginaciones, o en términos filosóficos, la realidad de lo imaginario. Quevedo, que fue erudito, habla de retirarse «con pocos pero doctos libros», con lo cual nos indica que, siendo buenos, lo son más si son pocos. Pero ¿cuáles son esos pocos? Nunca los mismos, salvo para el hombre religioso fundamentalista que tiene al Libro por todos los libros. La única forma de alcanzar esos «pocos pero doctos» libros es ir a por los muchos aunque no todos doctos. El legado del libro canonizado no es el mejor método pedagógico, porque nunca se llega a esos «pocos» si no es perdiéndose entre los muchos. Ya que estamos bíblicos: sólo los encontrará quien se pierda en ellos. Quién no ha vivido ese momento en que damos a alguien joven un libro que nos ha marcado, un libro sobre el que no tenemos ninguna duda de su inmenso valor. El joven lo lee y nos lo devuelve con poco comentario y menos entusiasmo, pero días más tarde le vemos brillar ante un libro que, azarosamente, ha caído en sus manos, tal vez uno de los relatos o novelas de Conan Doyle. Si por un

celo pedagógico quisiéramos imponer nuestro canonizado libro, lo impondríamos como un documento fatal y cerrado, tanto al lector como al mundo: no una metáfora, algo que une mundos y nos permite viajar, sino la piedra grave que, inmóvil, se cierra sobre sí y nos expulsa.

El placer de la lectura no viene de ninguna obra en particular ni siquiera de una plétora de libros canónicos (en ocasiones canes que no sufren compañía ni siquiera de sus semejantes). Santa Teresa, de quien no podemos dudar que fuera sublime, fue una gran lectora de libros de caballerías; Sor Juana, algo menos santa que la española, convirtió su celda en una biblioteca: un orbe; Cervantes leía hasta los papeles que encontraba por el suelo, y Borges leía con fruición las enciclopedias y, parece ser hasta a Cansinos Asséns, además de mucha novela policíaca. No hay receta aunque sí, claro está, juicio. Pero la única forma de llegar a los pocos pero doctos libros (quizás ni tan pocos ni tan doctos) es perderse entre los muchos para encontrar aquellos que de verdad nos pertenecen, los que forman parte de la verdadera lectura: el acto de releer. Sin duda Miguel de Cervantes fue un lector de relecturas: tanto que hace de la segunda parte de *El Quijote*, la relectura por antonomasia.

Colaboradores

ANTOINE COMPAGNON: Francés. Profesor de literatura francesa en las universidades de París y Nueva York. Coeditor de Proust en la colección Pléiade.

DOMINIQUE VIART: Francés. Profesor de literatura contemporánea en la universidad de Lille.

ALBERTO BERETTA ANGUISSOLA: Italiano. Profesor de literatura francesa en la universidad de Viterbo. Editor de Proust en italiano.

RODOLFO BORELLO: Argentino. Ensayista y profesor de literatura española e hispanoamericana (1930-1996).

OSCAR PEYROU: Argentino. Narrador y periodista. Reside en Madrid.

CHARLES SIMIC: Poeta nacido en la antigua Yugoslavia y residente en Inglaterra.

SANTIAGO SYLVESTER: Argentino. Poeta y narrador. Reside en Buenos Aires.

ELENA SANTOS: Española. Profesora de literatura española en institutos de Barcelona.

JAVIER GARCÍA-GUTIÉRREZ MOSTEIRO: Español. Arquitecto y crítico de arquitectura. Reside en Madrid.

LEOPOLDO HONTAÑÓN: Español. Crítico de música. Reside en Madrid.

JORDI GRACIA: Español. Profesor de literatura española en la Universidad Central de Barcelona.

JORDI DOCE: Español. Poeta y profesor de lengua y literatura española. Reside en Sheffield (Inglaterra).

CONSUELO TRIVIÑO: Colombiana. Crítica y narradora. Reside en Madrid.

FE DE ERRATAS: En la portada de nuestro número anterior (561, marzo de 1997) donde dice José Santos Torroella debe leerse Rafael Santos Torroella.